



RIDAA
Repositorio Institucional
Digital de Acceso Abierto de la
Universidad Nacional de Quilmes



Universidad
Nacional
de Quilmes

Blacha, Luis Ernesto

Certezas e incertidumbres de lo social : las perspectivas culturalista y figuracional



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:

Blacha, L. E. (2013). *Certezas e incertidumbres de lo social : las perspectivas culturalista y figuracional*. *Revista de ciencias sociales*, 5(23), 171-185. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes <http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/1573>

Puede encontrar éste y otros documentos en: <https://ridaa.unq.edu.ar>

Luis Ernesto Blacha

Certezas e incertidumbres de lo social.

Las perspectivas culturalista y figuracional

Presentación

La sociología como disciplina científica tiene entre sus preocupaciones fundacionales al orden social y su legitimación. Esta cuestión es de central importancia analítica en tanto que el poder media la relación entre el individuo y la sociedad. A su vez, en las perspectivas sociológicas contemporáneas hay marcada preocupación por los elementos culturales al posibilitar y delimitar la interacción entre el sujeto y el entramado de relaciones que conforma la sociedad.

La sociología figuracional acuñada por Norbert Elias supone un estudio cultural de amplio alcance temporal con escala geográfica occidental, donde se evidencia paralelamente a la constitución del sujeto moderno el establecimiento de las estructuras administrativas del Estado racional. El desarrollo del proceso civilizatorio supone la consolidación de un marco de certezas compartidas y socialmente determinadas. Este enfoque implica cierto grado de incertidumbre inherente a las interacciones sociales como parte constituyente

del dinamismo de los procesos de psico- y sociogénesis.

La perspectiva culturalista presentada por Pierre Bourdieu resulta en el estudio de estructuras estructurantes socialmente determinadas que reflejan las relaciones de poder imperantes en una sociedad. Los esquemas de percepción y pensamiento generan *habitus* que implican cierto cúmulo de certezas compartidas que transforman en sociales a las acciones individuales. La actualización y reactualización de estas estructuras conforman un conjunto de interacciones pasadas que ofician de telón de fondo de lo social, en donde se conjugan los elementos culturales disponibles con las interacciones de poder.

Este estudio propone establecer puntos de contacto y diferencias entre la perspectiva figuracional de Norbert Elias y el enfoque culturalista de Pierre Bourdieu con referencia a las certezas e incertidumbres que caracterizan a lo social. El estudio se complejiza con la incorporación de dos términos que enriquecen la perspectiva teórica propuesta: el carácter potencial del poder del enfoque radical de Steven Lukes y el

concepto de reflexividad de la teoría de la estructuración de Anthony Giddens. El objetivo es arribar a una caracterización de lo social a través de un análisis de las certezas e incertidumbres como una tensión inherente del pensamiento sociológico.

La sociología figuracional de Norbert Elias

La perspectiva figuracional de Norbert Elias supone una sociología de la cultura de amplio alcance temporal y espacial. Es un enfoque de carácter dinámico donde los individuos y la sociedad se encuentran “constantemente formándose y transformándose en el seno de su relación con otras personas” (Elias, 1990, p. 41). La originalidad de esta propuesta consiste en su perspectiva multidisciplinaria, que combina historia, ciencia política, sociología y psicología, así como “su capacidad de trabajar sobre formas muy diferentes, desde las más ‘micro’ hasta las más ‘macro’” (Heinich, 1999, p. 32). Es una perspectiva que por una cuestión histórica y por sus intereses analíticos puede situarse como una bisagra entre las teorías sociológicas clásicas y las contemporáneas.

La sociedad es caracterizada como “configuraciones de hombres interdependientes” (Elias, 1996, p. 31). La delimitación social de las conductas individuales se desarrolla paralelamente al establecimiento de las estructuras administrativas con alcance nacional que conducen al monopolio de la violencia legítima. Para Elias es imposible analizar “la sociedad sin individuos, el individuo sin sociedad” (Elias, 1990, p. 93). Su caracterización de la sociedad encie-

rra entramados de interdependencia o figuraciones, con inestables equilibrios variables de poder y diversos tipos de organización al interior del grupo de pertenencia. La realidad social es un proceso que se constituye dinámicamente, vinculando pasado, presente y futuro.

Elias propone un estudio del *proceso civilizatorio* como un aspecto básico de la sociología figuracional (Weiler, 1998). La mayor individualización solo es posible a través de la interdependencia subjetiva, relacionando la mayor libertad individual con el desarrollo de la estructura social. La evolución del autocontrol individual, de los monopolios fiscales y de la violencia legítima por parte del Estado constituye un marco de referencia ineludible para comprender la organización de las sociedades modernas. El pasado cobra una influencia determinante en posteriores formas de organización social, en una concepción analítica que combina continuidades y novedades.

El dinamismo de la sociología figuracional equipara el carácter social de los hombres con las configuraciones que constituyen, destacando la interdependencia subjetiva. La configuración también permite superar el dualismo analítico entre individuo y sociedad, resaltando la capacidad predictiva propia de los hombres socializados. El conocimiento social solo es posible mediante un marco de certezas socialmente compartidas. Las estructuras individuales y las sociales deben investigarse como “algo mutable, como algo que está en flujo continuo” (Elias, 1997, p. 16).

El concepto de configuración o figuración recorre transversalmente toda la teoría de Norbert Elias. Por configuración debe entender un orden de individuos interdependientes que es “más

fuerte y más coactivo que la voluntad y la razón de los individuos aislados que lo constituyen” (Elias, 1997, p. 450). Esta definición comparte criterios con la definición de sociedad que acuña Emile Durkheim aunque en Elias el carácter dinámico de lo social constituye el trasfondo de la acción social e incluye tanto certezas como incertidumbres. Ambos autores coinciden en la existencia de una relación directa entre la diferenciación individual y multiplicación de las funciones sociales. Es una característica de las sociedades de masas modernas que potencia la interdependencia de los individuos que conforman el entramado de la sociedad.

La diferenciación social solo es posible a partir de conductas individuales regulares y estables que resultan de aquellos procesos sociales que moldean el comportamiento subjetivo desde los primeros años de vida. El dinamismo social promueve la internalización subjetiva de los controles sociales externos que resultan en autoacciones constantes y naturalizadas que se presentan al individuo como inevitables. Estas profundas transformaciones del comportamiento adquieren un carácter social que se internaliza, también, a través de “una barrera de miedos” (Elias, 1997, p. 452). El individuo construye un esquema de la realidad mediante la autovigilancia de su conducta. Este autocontrol posibilita la diferenciación social, mientras se multiplican los controles individuales del propio comportamiento produciendo una “íntima relación con la estabilidad creciente de los órganos sociales centrales” (Elias, 1997, p. 453). El entramado social se complejiza y las funciones sociales se multiplican. La internalización de la norma social confor-

ma un aspecto destacado del fundamento de las relaciones de poder y tiene una interacción continua con las estructuras sociales imperantes.

Estas transformaciones pueden analizarse conjuntamente a través del estudio de la civilización. El proceso civilizatorio, cambios sociales generales que comprenden “una ola secular de integración progresiva, un proceso de construcción del Estado, con el proceso complementario de una diferenciación también progresiva, es un cambio de composición que, considerado a largo plazo, en su ir y venir, en sus movimientos progresivos y regresivos, mantiene siempre una única dirección a lo largo de muchas generaciones” (Elias, 1997, p. 12). El hombre es un sujeto civilizable que conforma un proceso de larga data y con las amplias fronteras de la civilización occidental. Su carácter procesal se presenta al individuo como una realidad socialmente dada que constituye dinámicamente a los actores inmersos en ese proceso. Este dinamismo “jamás se da de modo rectilíneo” (Elias, 1997, p. 225), se multiplican los resultados esperados y las consecuencias resultantes.

Elias rastrea el origen de los conceptos de cultura y civilización, a los que identifica como parte de la oposición de la clase media europea a los regímenes gubernamentales imperantes en la segunda mitad del siglo XVIII. Destaca el carácter de *objeto concluido* que tiene el término alemán de cultura y le opone el dinamismo propio de la civilización. Esta última refiere a un proceso en constante movimiento cuya perspectiva *hacia adelante* conlleva “los valores que pueda tener un ser humano” (Elias, 1997, p. 58). A diferencia de la cultura, la civilización refiere a conduc-

tas específicas que en sus orígenes son de corte mayoritariamente individual y gradualmente adquieren implicancias sociales de escala europea, primero, y occidental, luego.

Las transformaciones que conforman el proceso civilizatorio resultan en una diferenciación de los comportamientos públicos y privados del individuo con sus espacios socialmente delimitados. Las coacciones devienen en autoacciones que conducen “a una regulación o administración de la vida afectiva bajo la forma de la autoeducación, del *self control*” (Elias, 1997, p. 225). La conducta subjetiva se inserta en un entramado social amplio, potenciando sus consecuencias y multiplicando las influencias y motivaciones de la acción individual.

La sociología figuracional parte de la caracterización weberiana del Estado y la combina con el *super yo* de Sigmund Freud como fundamento de las relaciones sociales de poder. La influencia del padre de psicoanálisis puede rastrearse en la internalización de las normas sociales que Elias lleva a cabo desde una perspectiva que “desnaturaliza esos conceptos” (Heinich, 1999, p. 129). En relación a Max Weber, Elias resta importancia a “las capacidades extraordinarias de los líderes carismáticos para transformar la historia” (Zabludovsky, 2007, pp. 46-47) y da cuenta de las reminiscencias del Max Weber de *Economía y sociedad* y del Freud de *El malestar en la cultura* a través de dos conceptos: psicogénesis y sociogénesis.

El proceso civilizatorio supone una “evolución que puede observarse no solo en el nivel colectivo –la ‘sociogénesis’– sino también en el nivel individual –la ‘psicogénesis’–” (Heinich, 1999, p.

12). Este último proceso supone la “formación y transformación de los *habitus* a través del tiempo” (Tenti Fanfani, 2009, p. 17), lo cual no puede ser abordado analíticamente sin tener en cuenta las estructuras sociales. La civilización no solo tiene un carácter dinámico, también supone la articulación de las esferas individual y social, las cuales se hallan mutuamente determinadas en el enfoque figuracional.

La psicogénesis reseña los cambios en el interior de los individuos identificados en una dirección determinada que escapa al pleno control subjetivo e institucional. En esta teoría sociológica, el poder adquiere un carácter potencial que conjuga certezas –como reproducción de prácticas sociales– e incertidumbres, en tanto con los mismos elementos culturales disponibles pueden realizarse diferentes interacciones sociales. El estado actual de lo social está profundamente influenciado por las interacciones precedentes, se establece una continuidad con el pasado que no puede ser determinada *a priori*. A su vez, el propio carácter dinámico de lo social promueve la existencia de continuidades y rupturas entre pasado y presente en un contexto general donde las oscilaciones en el comportamiento individual se moderan. El monopolio de la violencia legítima reduce las amenazas de otros hombres, quedan relegadas las situaciones violentas a los bastidores de la vida social y se promueve una moderación de los cambios sociales bruscos.

De forma simultánea a estos cambios de escala individual, Elias realiza una psicogénesis del Estado a la cual denomina “sociogénesis”. A partir de esta, reconstruye la historia de la ci-

vilización Europa desde el siglo XI. El análisis del proceso civilizatorio se transforma en “una doble dimensión vinculada a la vez a la reconstrucción del fenómeno –la formación del Estado a través de los diferentes monopolios– y a su desarrollo –sus efectos sobre la gestión de los afectos–” (Heinich, 1999, p. 15). A partir de este proceso se canalizan las situaciones violentas, que no desaparecen por completo, a la vez que las normas y prohibiciones sociales conforman un “super yo’ estrictamente regulado” (Elias, 1997, p. 226).

La incertidumbre se incrementa a medida que se fortalece el marco de certezas compartidas donde se insertan las acciones sociales. A nivel sociogénético, el proceso civilizatorio posibilita momentos “descivilizados” que contarán con los medios técnicos de la civilización para generar barbarie. El dinamismo propuesto por Elias da cuenta de resultados identificables que no pueden ser determinados *a priori* y que conlleven una novedad para la teoría sociología con la cual dialoga.

Los individuos socializados en procesos de psicogénesis generan un auto-distanciamiento respecto de los mundos natural y social que les permite un conocimiento objetivo. Gradualmente aumenta este distanciamiento, que se inicia en relación con la naturaleza y aumenta el conocimiento social, paralelamente al desarrollo del proceso civilizatorio. El estudio de la psicociogénesis está profundamente imbricando con el dinamismo y cierta evolución de estos mismos procesos. Las experiencias socialmente compartidas parecieran contener una distancia subjetiva que separa a los miembros del grupo en individuos aislados en su fuero interno, aunque los

procesos de psicogénesis denotan la influencia de la sociedad en la construcción y consolidación de ciertos esquemas subjetivos.

La internalización de las normas sociales que conlleva la civilización da cuenta no solo de la mediación que suponen las relaciones de poder entre un individuo aislado y el resto de su entorno social, sino también la influencia de la cultura en la consolidación de las propias necesidades subjetivas. Esta autoconciencia individual, a través del distanciamiento, también supone una autoacción que permite una mayor distancia reflexiva al individuo de sus propios asuntos y de su ámbito social. La propia consolidación de las certezas sociales supone que se generan nuevas herramientas para el análisis de ese mundo social.

El autocontrol de las coacciones resulta el fundamento último de las implicancias sociales del poder, que transforma a la psicogénesis en un fenómeno “perceptible a escala colectiva” (Elias, 1997, p. 13). A partir de ella, Elias reconstruye la historia del proceso civilizatorio europeo a través del surgimiento de un aparato social que internaliza las normas sociales. El control del individuo se mantiene mediante coacciones permanentes y pacíficas en función del dinero y el prestigio social. La educación forma parte de este proceso que separa las conductas de jóvenes e infantes de aquellas que tienen los adultos. El poder no solo es una relación social, sino que cobra la forma de una socialización constante donde conviven certezas e incertidumbres.

La sociogénesis, por su parte, consiste en “un proceso en el que las sociedades van pacificándose” (Elias, 1997, p. 126) mientras que se refuerza el control

social. El monopolio y la centralización de la violencia física legítima reducen los peligros de muerte que “se han hecho más previsibles, y en esa misma medida se ha atemperado la necesidad de poderes protectores sobrenaturales” (Elias, 2009, p. 28). Las certezas de una sociedad más pacífica vuelven más inciertas las posibilidades de una muerte violenta en individuos socializados. La mayor estabilidad de lo social y su consiguiente desarrollo individual transforman en inciertos los peligros.

La autoacción también puede ser caracterizada como parte de la diferenciación social y constituye el fundamento de la asimetría de las relaciones de poder. A través de las interacciones del poder pueden relacionarse los cambios subjetivos con aquellos de escala social. Internalización y estructuras administrativas aumentan paralela y paulatinamente su rol central en las interacciones de los sujetos. La psicogénesis y la sociogénesis no puede ser analizadas de forma independiente. Sus *huellas* solo pueden rastrearse en una mirada temporalmente amplia y geográficamente vasta y por este motivo Elias realiza un estudio cultural de gran alcance e implicancias. La configuración como ámbito en donde transcurren las interacciones sociales supone la conjunción de pasado, presente y expectativas futuras que determinan las acciones con implicancias para la totalidad del entramado social. Estado nacional y sentimientos de vergüenza y miedo parecieran desarrollarse paralelamente.

La complejización del entramado social no solo lleva a una mayor división de funciones, sino que se potencia la interdependencia entre los individuos

interactuantes. Es necesario un marco de certezas para que tan vasto conjunto de individuos pueda actuar coordinadamente. La certeza de la interacción también supone la incertidumbre de la división de funciones con individuos excesivamente especializados. Surgen, entonces, comportamientos sociales en los que pueden identificarse estructuras compartidas y socialmente delimitadas. El carácter dinámico de la realidad social subrayado por Elias no se reduce, sino que pareciera ser complementado por esquemas de percepción y pensamiento como los que teoriza Pierre Bourdieu en su sociología de la cultura.

La perspectiva culturalista de Pierre Bourdieu

La sociología de la cultura desarrollada por Pierre Bourdieu supone también una sociología política, ya que la dominación cultural conlleva y refleja la dominación material (Scribano, 2009). Esta perspectiva resulta en una instancia superadora del estructural funcionalismo al subrayar la importancia del conocimiento individual sobre la propia acción y del entorno en que se inserta. También destaca la capacidad adaptativa de los actores sociales a los cambios producidos en el contexto de interacción. La flexibilidad como un aspecto típico de lo social es compartido por Bourdieu y por la sociología figuracional.

En este enfoque culturalista puede rastrearse la influencia de la sociología comprensiva de Max Weber en relación con la importancia que en ambas teorías tienen “las representaciones en el análisis sociológico” (Bonnewitz, 2006, p. 20). La capacidad explicativa que los

actores poseen sobre su propia acción y sobre el entramado de relaciones sociales que la contienen genera una producción simbólica con implicancias materiales, constituyentes de la sociedad. A su vez, Bourdieu coincide con Elias al afirmar que esta capacidad individual está íntimamente relacionada con la internalización de normas sociales y con el desarrollo de estructuras administrativas de corte racional que permiten interpretar la diversidad de las sociedades de masas modernas.

La acción, como capacidad individual con implicancias sociales, es fundamental para la constitución del mundo social. Esta perspectiva práctica define el carácter dinámico de la sociología de la cultura de Bourdieu. Sin prácticas, lo social perdería sus atributos característicos. De modo similar a lo planteado por Norbert Elias, las interacciones previas constituyen e influyen al mundo social actual. Ambas perspectivas señalan la continuidad y el dinamismo de las acciones sociales. En el caso de Bourdieu, las capacidades prácticas de los actores son determinantes pues originan y actualizan las estructuras sociales que permiten la acción social.

Esta sociología de la cultura está profundamente influenciada por la historia, ya que las prácticas sociales producen habitus con implicancias del pasado. A través de los habitus se “asegura la presencia activa de las experiencias pasadas” en las interacciones presentes. Son “sistemas de disposiciones duraderas y transferibles, estructuras estructuradas predisuestas a funcionar como estructuras estructurantes, es decir, como principios generadores y organizadores de prácticas y de representaciones” (Bourdieu, 2007, p. 86).

El habitus es el concepto más importante de la sociología de Bourdieu, ya que “asegura la coherencia entre su concepción de la sociedad y la del agente social individual: proporciona la articulación, la mediación entre lo individual y lo colectivo” (Bonnewitz, 2006, p. 63). Asegura la reproducción del orden social, estableciendo continuidades –y la consiguiente posibilidad de ruptura– entre distintos momentos de un continuo histórico socialmente constituido. Se genera una situación donde “la libertad condicionada y condicional que él asegura está tan alejada de una creación de novedad imprevisible como de una simple reproducción mecánica de los condicionamientos iniciales” (Bourdieu, 2007, p. 90).

Bourdieu destaca el sentido práctico que subyace a su sociología de la cultura. Los habitus combinan el carácter de *previamente realizado* de las experiencias anteriores con la capacidad de *realizable*, pues influyen en las visiones y elementos que utilizan los actores para desplegar sus acciones con implicancias sociales. Si el habitus no se *utiliza* pierde sus características prácticas y es suplantado por otro habitus que pueda ser empleado de manera adecuada para realizar acciones sociales en el entramado de interacciones de referencia. La *regularidad* regulada que posibilitan los habitus da cuenta de la importancia que la reproductividad tiene en la teoría social de Pierre Bourdieu.

En la interacción entre prácticas preteritas y presentes, el habitus constituye un marco de certezas que producen una “suerte de hipótesis prácticas fundadas en la experiencia pasada, confieren un peso desmesurado a las primeras experiencias” (Bourdieu, 2007, p. 88). A

través de estos pueden anticiparse resultados habituales posibles como parte constituyente de la interacción social. Bourdieu subraya el carácter de prácticas concretas que resulta de la constitución social del término figuracional de configuración.

El habitus como acción concreta supone, también, un sentido “objetivado en las instituciones: [el habitus es] producto del trabajo de inculcación y de apropiación que es necesario para que esos productos de la historia colectiva que son las estructuras objetivas alcancen a reproducirse bajo la forma de disposiciones duraderas y ajustadas que son la condición de su funcionamiento” (Bourdieu, 2007, p. 93). La internalización de las pautas sociales relaciona esta perspectiva culturalista con la problemática del poder.

El análisis sociológico del orden social tiene su punto de partida en el estudio de aquellos sentimientos compartidos y establecidos socialmente; la distribución de diversos tipos de capital contribuye a la perpetuación de asimetrías como efecto material y también simbólico. La posibilidad de que surjan cambios y de que exista continuidad de lo establecido se presentan como mutuamente conformados por certezas e incertidumbres propias de lo social. La tensión entre novedades y continuidades adquiere gran relevancia en el sentido práctico que “como dominio práctico del sentido de las prácticas y de los objetos permite acumular todo aquello que va en el mismo sentido, todo lo que se combina al menos groseramente sin dejar de ajustarse a los fines perseguidos” (Bourdieu, 2007, p. 414).

Cuando Pierre Bourdieu afirma que “la producción del discurso de los indi-

viduos no es independiente de sus características sociales” (Bonnewitz, 2006, p. 27), desarrolla un enfoque que pareciera acercarlo a la perspectiva figuracional de Norbert Elias. El tejido social no solo cobra una importancia determinante en la constitución de los sujetos, sino que destaca el carácter dinámico de lo social y sus prácticas. El orden social es interpelado a través del continuo entre las interacciones previas, presentes y futuras. Las certezas pasadas se conjugan con la incertidumbre de los resultados esperados.

En referencia al orden social, Bourdieu sostiene que el habitus supone tanto una internalización individual como una naturalización de las estructuras sociales adquiridas subjetivamente. Su efectividad como componente de las relaciones de poder deriva de su carácter de disposición duradera. A través de la socialización, estos pueden ser determinados automáticamente y sin cuestionamientos, lo que resulta en la reproducción de las estructuras sociales subjetivamente aprehendidas. El poder se convierte en una relación social y en un proceso de socialización, que reflejan las asimetrías en la distribución de los distintos tipos de capital –como el económico y el cultural/simbólico– característicos de una sociedad determinada.

La naturalización del habitus se origina en la interiorización subjetiva de normas sociales que conllevan a modos de percepción de la realidad a través de esquemas. Estos influyen profundamente en los individuos, definiéndolos y determinando la imagen del mundo social que los rodea. El habitus supone un proceso continuo que refuerza la influencia de las estructuras sociales en los esquemas individuales. El carácter práctico de

la sociología de Bourdieu se hace presente al destacar que en lo social hay aspectos certeramente inmutables y otros dinámicamente variables. En este sentido, el individuo es un actor que siempre tiene la última palabra, a pesar de que su espectro decisorio esté socialmente delimitado. Este es el carácter inercial del habitus y sus propiedades actualizables.

La actualización regular del habitus da cuenta de las propiedades dinámicas de la sociedad y de sus diferentes esferas o ámbitos de interacción que la componen. Bourdieu denomina campos a estos espacios de interacción, cuyas fronteras son permeables y, por lo tanto, no son totalmente autónomos. Además, la posición de los agentes sociales en un campo “depende de la posición de estos en el espacio social: por lo tanto, hay una homología entre la estructura social y los campos sociales” (Bonnewitz, 2006, p. 53). La interpenetración y la articulación de los distintos campos es el rasgo clave que los define, independientemente de que cada uno de ellos tenga sus propias normas y códigos.

El habitus también supone una estructura de reproducción de parámetros y estatus social que es influido por las estrategias dictadas por el capital cultural, que suponen una adaptación a los cambios imperantes en la sociedad. Bourdieu destaca el significado del capital simbólico como una vía de acceso y selección de individuos para ocupar posiciones burocráticas de importancia. Los planos material y simbólico están mediados por la cultura y, especialmente, por las prácticas culturales socialmente compartidas. La posibilidad de actuar de otra manera genera incertidumbres que solo podrán desarrollarse a través de certezas socialmente delimi-

tadas. Este carácter dual no limita al habitus, sino que lo constituye.

El perfil dinámico de la teoría acuñada por Bourdieu supone un modelo interdependiente. Este enfoque no solo lo acerca a la sociología figuracional, sino que supone que el entramado de relaciones que conforma a la sociedad puede ser dividido en distintos campos sociales que interactúan. A su vez, estos campos son espacios estructurados con sus propios puestos, “cuyas propiedades dependen de su posición en esos espacios y que pueden ser analizados independientemente de las características de sus ocupantes (en parte determinadas por ellas)” (Bonnewitz, 2006, p. 34). El carácter dinámico de lo social reduce la autonomía de los campos y flexibiliza sus fronteras, permitiendo que se articulen entre sí. Además, “la posición de los agentes sociales en un campo depende de la posición de estos en el espacio social: por lo tanto, hay una homología entre la estructura social y los campos sociales” (Bonnewitz, 2006, p. 53).

La interacción entre los distintos campos demuestra la interdependencia propia de las sociedades con una avanzada división social del trabajo. Un análisis sociológico de corte culturalista permite caracterizar a las sociedades modernas como conformadas por distintos campos que interactúan entre sí, influenciándose. El poder es una relación social de carácter práctico que se cristaliza en estructuras socialmente compartidas. A través de la cultura es que el individuo, según Bourdieu, olvida su carácter adverso en la asimetría de las relaciones de poder. Además, la interacción subjetiva con el entramado de relaciones sociales solo es posible a través de la mediación que supone la

cultura. A pesar de este carácter dinámico, “numerosos sociólogos reprochan a Bourdieu su determinismo, que niega toda libertad al actor social” (Bonnewitz, 2006, p. 118). Por este motivo el estudio de esta perspectiva puede focalizarse a partir del análisis de la tensión entre certezas e incertidumbres no solo como parte del dinamismo característico de lo social, sino para ensayar una lectura donde se conjuguen aspectos culturales con aquellos vinculados con las interacciones de poder.

Pierre Bourdieu y Norbert Elias destacan la red de relaciones intersubjetivas que constituyen la sociedad como un proceso socialmente compartido y delimitado. La importancia otorgada al contexto de la sociología figuracional se complementa con los esquemas de percepción compartidos, que delimitan a los individuos. Ambos autores coinciden en el establecimiento de un marco de pautas comunes que tiene la particularidad de combinar certezas con incertidumbres. El carácter determinista que se le reprocha a Bourdieu podría minimizarse no solo mediante sus puntos de contacto con la teoría figuracional, sino también a través de un diálogo con la ciencia política y con otras corrientes dentro de la sociología contemporánea.

La potencialidad del poder y la reflexividad de la acción social

Las teorías sociológicas previamente analizadas pueden ser reinterpretadas mediante una lectura que incluya dos aportes contemporáneos de la ciencia social: el enfoque radical del poder de Steven Lukes y la reflexividad de la

teoría de la estructuración de Anthony Giddens. El objetivo es arribar a una caracterización más amplia y precisa de la tensión entre certezas e incertidumbre como constituyentes de lo social.

La internalización de las normas sociales como autoacción, contenidas tanto en la psicociogénesis como en el sentido práctico del habitus, sitúa al poder en un lugar constitutivo de lo social. Este carácter fundante del poder se combina con su capacidad transformadora al delinear –pero no determinar– las interacciones sociales. El carácter práctico de la sociología de Bourdieu dialoga con la perspectiva figuracional, ya que ambas reconocen la influencia del entramado en las acciones subjetivas. Se genera un proceso de continua retroalimentación entre los resultados individualmente producidos y el cúmulo social de experiencias realizadas.

La interacción individuo-entramado social modifica a ambos y promueve las actualizaciones de los habitus sobre los que teoriza Bourdieu. Los individuos logran un control de este flujo de construcciones y reconstrucciones de *lo social*, proceso en el cual también está en juego la propia constitución subjetiva. Este accionar adquiere características reflexivas, entendidas como la “autocapacidad del individuo de tomar su propia acción como un objeto analítico en el medio particular que implica su discurso sobre sí mismo” (Scribano, 2009, pp. 28-29).

La actitud reflexiva del sujeto supone que la acción individual con implicancias sociales se inserta en “el flujo de la conducta cotidiana en los contextos de una actividad social” (Giddens, 1998, p. 24). Anthony Giddens y Pierre Bourdieu coinciden en destacar el conocimiento

que poseen los sujetos y que ponen en juego en cada interacción social. El carácter socialmente constituido de los esquemas de pensamiento utilizados no solo permite el autocontrol individual a través de la internalización de normas, sino que también demanda una actitud práctica de constante regulación sobre la propia acción. La certeza de este monitoreo constante como una actividad automática es la reflexividad y sus implicancias son –y solo pueden ser– sociales.

El carácter reflexivo de los sujetos socialmente constituidos –a partir de la psicociogénesis o de las estructuras estructurantes de los *habitus*– genera un marco de certezas compartidas. La capacidad individual de modificar la propia acción también incluye el salirse de los modos previamente estipulados. La perspectiva acuñada por Anthony Giddens no solo toma en cuenta las consecuencias no buscadas de la acción, sino que plantea una tensión entre certezas e incertidumbres como un aspecto reflexivamente constituido de lo social. La reflexividad va más allá de la autoconciencia, es “como el carácter registrado del *fluir corriente* de una vida social” (Giddens, 1998, pp. 40-41). Las consecuencias sociales de la reflexividad se relacionan con cierta reciprocidad que el individuo espera de sus semejantes, dado que estos también llevan a cabo procesos de continuo monitoreo de sus acciones.

La internalización de la norma social como fundamento de las relaciones de poder se completa con el autocontrol continuo de la propia acción. La constitución simultánea del individuo y las estructuras sociales que advierten Elias y Bourdieu desarrolla psico- y sociogénesis como *habitus* en un proceso donde

reflexivamente se van actualizando los elementos constitutivos de lo social. La certeza de utilizar las *herramientas* socialmente disponibles se combina con la incertidumbre de si estas no se han modificado o si los resultados que se obtendrán serán los esperados.

El carácter reflexivo del sujeto moderno se presenta como “duda metódica” (Giddens, 1997b, p. 109) que se ubica en el fundamento de las certezas sociales. Una vez identificado este carácter actualizable de lo social, son necesarias prácticas que establezcan continuidades con las interacciones precedentes. Es un cúmulo de experiencias donde siempre está latente la posibilidad de que surjan resultados divergentes a los originalmente esperados. Las estructuras sociales, por su parte, ofrecen ciertos marcos de predictibilidad que en su origen albergan la posibilidad de que ocurra lo imprevisto.

El dinamismo de la red de interacciones que conforman la sociedad requiere una nueva caracterización del poder. Se trata de una que destaque tanto el carácter condicional del contexto de interacción como la ampliación temporal y geográfica de las relaciones de poder. Es necesario un enfoque radicalmente distinto del poder que aborda la sociología, tal como el que propone el politólogo Steven Lukes.

El poder es interpelado como “una capacidad, no el ejercicio de esa capacidad” (Lukes, 2007, p. xxv). Adquiere carácter omnipresente producto de su potencialidad y del hecho de que puede no presentarse; los gobernantes pueden no utilizarlo y los gobernados pueden fingir su apoyo al régimen imperante. El poder deviene un marco de certezas en el cual la incertidumbre no es su con-

trafigura, sino parte integral del entramado intersubjetivo. Con él, las acciones individuales se transforman en sociales. Esta relación entre certeza e incertidumbre es también constitutiva del proceso civilizatorio que las contiene con escala occidental, y las orienta en un sentido determinado y coherente con la estructura social de pertenencia.

El origen del poder como potencialidad puede rastrearse hasta el *Tractatus politicus* de Baruch Spinoza (1632-1677), quien diferencia entre las palabras latinas *potentia* y *potestas*. La primera refiere al “poder de las cosas en la naturaleza, incluidas las personas, ‘de existir y actuar’” (Lukes, 2007, p. 81), mientras que *potestas* se utiliza para enunciar la capacidad para conseguir determinados resultados producto de un *poder sobre otro*.

La potencialidad inherente al poder que destaca este enfoque no supone una dirección previamente delimitada de las interacciones sociales. Además, su carácter *omnipresente* puede invisibilizarlo aumentando la posibilidad de que el poder no se *presente* y que los gobernantes no lo *utilicen*. El marco de certeza puede incluir la incertidumbre, aumentando tanto la reflexividad de los individuos como la indeterminación *a priori* del resultado de la acción individual.

La calculabilidad propia de lo social que destacan tanto Elias como Bourdieu y que potencia la reflexividad actúa como una pauta de entendimiento básica que hace posible la interacción social. Producto de esta predictibilidad es la constitución simultánea de las estructuras estructurantes de escala individual, que supone la psicogénesis y el aparato administrativo que refleja la sociogénesis. Los habitus destacan la

interdependencia entre ambos procesos y conllevan a la potencialidad reflexiva del poder que los influye. El orden social se legitima por la efectividad del carácter potencial del poder, actualizándose y reconstituyéndose.

El dinamismo propio de la sociedad limita el alcance de las certidumbres constituidas reflexivamente, a la vez que los aspectos potenciales del poder actualizan el marco de certezas compartidas. La relación entre la sociología y su objeto de estudio debe dar cuenta del carácter constructo de este último, que conduce a una “doble hermenéutica” (Giddens, 1997a, p. 27). El análisis del conjunto de interacciones sociales lleva a resultados que modificarán al objeto de estudio. Ambos se encuentran mutuamente delimitados, ya que los cambios producidos en una parte repercuten en la otra. Las certezas y las incertidumbres se combinan en el abordaje característico de lo social que desarrolla la sociología. Así como el individuo y la sociedad adquieren paralelamente potencialidades, ambos se encuentran con mayores herramientas para poder actuar libremente.

Conclusiones, entre certezas e incertidumbres

La sociología figuracional de Elias permite delimitar un contexto de alcance occidental, que es en sí mismo un proceso que los individuos actualizan constantemente, tal como el que propone Pierre Bourdieu. Sin una dirección predeterminada, este proceso civilizatorio permite identificar una línea de continuidad que se extiende desde los estados europeos del siglo XI hasta la

actualidad. En esta perspectiva, el concepto de configuración posibilita –y engloba– las implicancias sociales de las acciones individuales. A su vez, los sujetos –diferenciados individualmente e integrados socialmente– se vuelven más conocedores de su entorno social y comienzan de forma reflexiva a pensar *sociológicamente*. La civilización destaca la capacidad potencial y omnipresente del poder como parte constitutiva de las relaciones sociales.

En la perspectiva desarrollada por Bourdieu, la socialización se transforma en fundamento y legitimación de las relaciones de poder. Los elementos que utilizan los actores para construir la realidad social y sus esquemas de percepción están influenciados por los conocimientos socialmente constituidos que reflejan la asimetría de las relaciones de poder. La potencialidad de este último se multiplica en cada actualización, es decir, en cada interacción social. A su vez, los *habitus* dan cuenta de estructuras socialmente estructurantes que posibilitan y delimitan los esquemas de percepción de los sujetos.

Ambos autores coinciden en la importancia de cierta predictibilidad como inherente a lo social. Las interacciones producidas generan un cúmulo de acciones precedentes que establecen un continuo temporal entre pasado, presente y futuro. Se establece un marco de certezas socialmente construidas que transforman en sociales las acciones individuales y cuyos resultados conforman el contexto de interacción. La potencialidad de las relaciones de poder está íntimamente relacionada con este cúmulo de certezas compartidas.

La socialización como proceso consistente, variable y repetible adquiere

centralidad en el abordaje sociológico realizado. No solo supone una construcción reflexiva de las certezas socialmente disponibles, sino que también subraya el carácter siempre latente de la incertidumbre. Norbert Elias es particularmente sensible a la tensión entre certezas/incertidumbres al destacar que el carácter potencial del poder también incluye la posibilidad de que los individuos actúen de otra forma. Las implicancias se complejizan como parte del proceso civilizatorio que también incluye momentos de “descivilización” (Heinich, 1999, p. 127).

El monopolio de la violencia legítima que resulta de la consolidación de los estados nacionales no excluye la existencia de focos de violencia no legítima. La situación adquiere mayor gravedad cuando se utilizan los esquemas de la civilización para acciones “descivilizadas”. Los resultados bárbaros adquieren una dimensión mayor, producto de los medios técnicos que tienen a su disposición y del dinamismo que se imprime a las relaciones sociales existentes. En este sentido, podría afirmarse que los alcances de la “descivilización” parecieran superar a los de la propia civilización. La certera pacificación de la sociedad sobre la que teoriza Elias posibilita que la internalización de las pautas sociales pueda ser puesta en suspenso y que los conocimientos socialmente adquiridos se utilicen para satisfacer las necesidades reprimidas más nefastas. A su vez, el esquema interdependiente dificultará poner un freno a la “descivilización”, aumentando las incertidumbres propias de lo social.

El carácter estructurante de los *habitus* también dota de implicancias sociales a las acciones individuales. Se

genera un marco de certezas compartidas a partir del cual los sujetos reconstruyen y actualizan el entramado social. En toda actualización siempre está latente la posibilidad de producir modificaciones en el conjunto de interacciones sociales, aunque Bourdieu atribuye un carácter determinante a la influencia de la socialización en el accionar individual.

Las características reflexivas de los actores multiplican la potencialidad de la relaciones de poder. La sociedad, como entramado de interacciones so-

ciales pasadas, presentes y futuras se transforma en una canalización interdependiente de las incertidumbres a través de un marco de certezas socialmente delimitado. La influencia de la psicosociogénesis en la conformación de los habitus supone tanto la internalización de pautas comunes de entendimiento como un autocontrol de la conducta individual. La socialización cobra sentido al insertarse en una configuración socialmente delimitada que se encuentra circunscrita por la tensión entre certezas e incertidumbres.

Bibliografía

- Bonnewitz, Patrice (2006), *La sociología de Pierre Bourdieu*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- Bourdieu, Pierre (2007), *El sentido práctico*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Elias, Norbert (1990), *La sociedad de los individuos*, Barcelona, Península.
- (1996), *La sociedad cortesana*, México, Fondo de Cultura Económica.
- (1997), *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, Bogotá, Fondo de Cultura Económica.
- (2009), *La soledad de los moribundos*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Giddens, Anthony (1997a), *Consecuencias de la modernidad*, Madrid, Alianza.
- (1997b), *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*, Barcelona, Península.
- (1998), *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Heinich, Nathalie (1999), *Norbert Elias. Historia y cultura en Occidente*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- Lukes, Steven (2007), *El poder. Un enfoque radical*, Madrid, Siglo XXI.
- Scribano, Adrián (2009), *Estudios sobre teoría social contemporánea: Bhaskar, Bordieu, Giddens, Hambermas y Melucci*, Buenos Aires, Ciccus.
- Tenti Fanfani, Emilio (2009), “Lecciones sociológicas de Norbert Elias”, en Kaplan, Carina V. y Victoria Orce (2009) (coords.), *Poder, prácticas sociales y proceso civilizador. Los usos de Norbert Elias*, Buenos Aires, Noveduc.
- Weiler, Vera (comp.) (1998), *Figuraciones en proceso*, Bogotá, Utópica.
- Zabludovsky, Gina (2007), *Norbert Elias y los problemas actuales de la sociología*, México, Fondo de Cultura Económica.

(Recibido el 29 de noviembre de 2012.)

(Evaluado el 15 de diciembre de 2012.)

Autor

Luis Ernesto Blacha es doctor en Ciencias Sociales (Universidad de Buenos Aires) y magíster en Ciencia Política (IDAES-UNSAM). Investigador asistente en Conicet, CEAR, UNQ. Profesor adjunto interino en la UNQ. Investigación actual: “Política, cultura, poder y oposición en tiempos del peronismo histórico (1943-1955)”.

Publicaciones recientes:

— (2011), “El Estado interventor y el ‘control social’. El caso de la liga patriótica argentina (1930-1943)”, *Pilquen*, N° 14, Viedma, Sección Ciencias Sociales, pp. 1-20.

— (2011), “El poder: continuidades y rupturas. Una aproximación a la teoría de Norbert Elias para las sociedades ‘nuevas’”, *Sociedad y Discurso*, N° 20, Aalborg, Dinamarca, pp. 103-124.

— y Martha Ruffini (2011) (comps.), *Burocracia, tecnología y agro en espacio marginales*, Rosario, Pro-historia.

Cómo citar este artículo:

Blacha, Luis Ernesto, “Certezas e incertidumbres de lo social. Las perspectivas culturalista y figuracional”, *Revista de Ciencias Sociales, segunda época*, año 4, N° 23, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, otoño de 2013, pp. 169-183, edición digital. En línea: <<http://www.unq.edu.ar/catalogo/311-revista-de-ciencias-sociales-n-23.php>>.